

partidos políticos que por otra parte habían ya suscrito su partida de defunción. La descripción de la estructura de ese Estado, que Pease califica de mafioso, como una serie de círculos concéntricos que articulan desde la cima, con Fujimori y Montesinos, hasta funcionarios públicos como jueces y parlamentarios, pasando por empresarios y tecnócratas al servicio de los organismos internacionales, así como sus mecanismos de funcionamiento, constituyen la parte más original y persuasiva del libro. Sólo podía ser escrito por alguien muy cercano a las experiencias que describe, y con acceso privilegiado a las fuentes que terminaron en el Parlamento como consecuencia de los escándalos producidos por videos y por denuncias de todo tipo.

Las reflexiones de Pease sobre el porvenir de la democracia peruana son en cambio debatibles. Sin duda que la reconstrucción efectiva de la democracia pasa la presencia activa de partidos políticos de nuevo tipo, y por la adhesión a un sistema democrático que no se reduzca al rito de las ánforas de tiempo en tiempo. Una cultura democrática implica tolerancia y respeto por el otro, pero estos logros, para ser durables, pasan por la cancelación de todas las exclusiones, de clase pero sobre todo de raza, así como la supresión de los enormes abismos de desigualdad económica entre la gente. Todo lector interesado en conocer las razones de esa terrible distorsión de la práctica política que fue el *fujimorismo* encontrará en el libro de Pease una fuente útil de información y conocimiento, amablemente escrito aunque el lector lamente la profusión de paradigmas y de tesis de autores que Pease cita una y otra vez a lo largo de su texto como interlocutores, procedimiento tal vez insoslayable en tesis universitarias pero que hubiera sido deseable que se abrevien en su edición como libro.

Heraclio Bonilla

*Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Renzo Ramírez Bacca, *Formación y transformación de la cultura laboral cafetera en el siglo XX*. Medellín: La Carreta Ediciones, 2004, 377 páginas.

Este nuevo trabajo del historiador Renzo Ramírez, centrado en las relaciones laborales que caracterizan la sociedad cafetera del municipio de El Libano (Tolima), busca innovar mediante su enfoque los planteamientos de la historiografía cafetera en el país. La diferencia de perspectiva frente a los estudios que se han realizado sobre la economía y la sociedad cafeteras en Colombia, permite que la investigación muestre aspectos de la vida social en

esta región, que anteriormente no habían sido considerados como fundamentales, a la vez que, dada la necesidad de enmarcar las transformaciones de las relaciones laborales en un proceso histórico global, recoge los postulados básicos que la historiografía desarrollada anteriormente había establecido.

La pregunta que se hace el autor, sobre la cultura laboral cafetera y sus respectivas transformaciones históricas, en la zona norte del Tolima, le permite considerar la cuestión cafetera desde una perspectiva novedosa. Según el autor: “La idea principal es interpretar los orígenes y transformaciones de sus hábitos laborales [de hombres y mujeres del sector cafetero] desde una perspectiva histórica, teniendo en cuenta sus tradiciones, lo socio-familiar y laboral, y los mecanismos de socialización en las estructuras agrícola-comerciales propias de esta industria.” (p. 15) Para el autor es importante saber quiénes eran los empresarios, los trabajadores, cuáles eran sus orígenes, su vida cotidiana, las relaciones entre patrones y trabajadores, la complejidad de las formas de socialización y casi se pregunta por la cultura material de las comunidades relacionadas con la actividad cafetera (a la cual el autor entiende como una industria, desde que se constituyeron los primeros núcleos de caficultores) y cómo ésta iba evolucionando a medida que las condiciones del mercado del café, las rutinas tecnológicas y las condiciones sociales y políticas de la región iban cambiando.

Este cuestionamiento, que comprende elementos que van desde la vida cotidiana de los trabajadores y propietarios de las haciendas cafeteras, hasta la manera como se construyeron y se consolidaron las complejas relaciones sociales y formas de sociabilidad dentro de esta estructura –entendida por el autor como un *microcosmos*–, implica la reducción de la escala de observación y la consiguiente construcción de una historia local, sustentada en la Hacienda *La Aurora*, ubicada en el municipio de El Líbano. “Con la perspectiva de historia local se reduce la escala de observación, y se hace un mejor análisis y estudio del material documental. Se pretende hacer una descripción más realista del comportamiento humano, y desde allí, recurrir a un intento de conceptualización académica con el único fin de aplicar y revitalizar ciertos conceptos.” (p. 17)

La reducción de la escala de observación, la idea de que la realidad se puede comprender mejor partiendo de lo particular, ya que es el individuo el motor del cambio histórico, la utilización de la historia oral y la revisión de fuentes documentales locales, y el entender la hacienda cafetera como un microcosmos donde se reproducen prácticas sociales y patrones culturales, sugieren que esta investigación es un trabajo de microhistoria, aunque el autor no utilice en ningún momento ese concepto. Este enfoque local es emprendido mediante el análisis de las transformaciones de la cultura laboral cafetera –

entendido como un conjunto de atributos (de las prácticas laborales) adquiridos inicialmente en las fincas experimentales de café y difundidos por empresarios y comerciantes pioneros interesados en su difusión (p. 17)– en el largo plazo, desde las primeras oleadas migratorias que llevaron a la fundación de El Líbano a mediados del siglo XIX, hasta los últimos años del siglo XX.

Además de la realización de entrevistas y la consulta de archivos locales, Ramírez maneja documentación nacional del Archivo General de la Nación, especialmente en lo concerniente a las políticas sobre la tenencia de la tierra, como la asignación de baldíos y la Reforma Agraria, tal vez con la intención de contextualizar el proceso regional y local en el proceso histórico nacional. El autor consulta historiografía general sobre el café, historiografía agrarista, historia regional del Tolima, historia económica y política generales e historiografía de la Violencia. Sin embargo, a veces utiliza su amplia revisión historiográfica –generalmente centrada en otras regiones del país– para sustentar procesos locales, lo que desdibuja en algunos momentos del relato, su intención de construir una historia local que partiera de la realidad particular.

La importancia de la pregunta sobre las relaciones laborales reside en la posibilidad de partir de características elementales de la vida social cafetera –no solamente en lo que respecta a los hábitos y las costumbres, sino también a los mecanismos mediante los cuales se genera una vinculación entre diferentes grupos sociales a través de un sector productivo– para aproximarse al conocimiento de la complejidad de las sociedades. Esta pregunta adquiere entonces un sentido relevante, al relacionarla con la inquietud sobre la vida material de la sociedad cafetera (en el sentido en que Braudel entendía este concepto, es decir, como el primer piso en el cual se edifican la economía y las relaciones sociales y de poder del edificio social). La preocupación por construir una historia global y en el largo plazo, señala que para el autor la cultura laboral es entendida como el sustento de las relaciones sociales en el mundo cafetero del Tolima.

Ramírez organiza su análisis de largo plazo a través de cinco fases, de acuerdo con las sucesivas transformaciones históricas de las relaciones productivas en El Líbano y particularmente, en la hacienda La Aurora: desde los primeros procesos migracionales y de colonización en el municipio y la consolidación del “biotipo hacendatario” (1849–1890), la posterior consolidación de la caficultura con base en los cultivos tradicionales (1890–1970), la tecnificación de la producción cafetera (1970–1990), hasta la etapa que el autor llama “post–tecnológica” (década de los años 1990). En cada uno de estos periodos, Ramírez busca describir cómo se utilizaba la fuerza de trabajo,

diferenciando entre trabajadores permanentes y temporales, cómo era la relación de estos trabajadores con la propiedad sobre la tierra, cuáles eran sus prácticas laborales, cuáles eran los núcleos de reproducción social y cómo se consolidaban las prácticas organizacionales dentro de la empresa cafetera, es decir, cómo el conocimiento difundido desde las fincas experimentales llegaba a los trabajadores cafeteros, hasta formar una capacidad laboral especializada en la empresa cafetera.

Además de estas características generales, el autor se muestra muy preocupado por las relaciones de género, y la repercusión que la construcción de género tiene en la asignación de roles y en la división del trabajo de acuerdo al sexo. Para el autor, siguiendo el planteamiento de Joan Scott, el concepto de *género* es una herramienta analítica útil en la explicación y descripción de las transformaciones culturales y sociales históricas entre los sexos, que guarda una relación muy grande con la unidad familiar, entendida como “un espacio de socialización cultural y núcleo de producción social primario y genérico de división social y laboral según el género.” (p. 19) A lo largo del libro, el autor reafirma su idea original de que existe una división del trabajo dentro de las unidades productivas cafeteras, basada en la construcción de género, que se aprende en la familia –núcleo sociocultural atado a la hacienda– y se reafirma en la escuela primaria. La reproducción de estos patrones de asignación de tareas permite la estabilidad de la economía cafetera.

Durante el siglo XIX, las colonizaciones y nuevos asentamientos que se establecieron, fueron motivados por la posibilidad de producir tabaco y explotar minas de oro y plata. El autor encuentra que la colonización de la zona de El Líbano por parte de poblaciones que provenían de Antioquia y de la región cundiboyacense, condujo a que la religión católica y la familia se constituyeran como ejes explicativos de la cultura laboral cafetera en la región, como resultado del papel hegemónico de la cultura antioqueña: conservadora, pero progresista y emprendedora y por lo tanto liberal en lo económico.

Con la consolidación del sistema hacendatario, se destaca la importancia del núcleo familiar campesino y la organización del trabajo mediante el “tablón” o parcela de tierra en la cual se encontraban sembrados un número dado de cafetos. Los “tabloneros” fueron durante la primera mitad del siglo XX, el centro de las relaciones laborales dentro de la hacienda La Aurora, aunque desde el comienzo se incluían en épocas de cosecha trabajadores ocasionales, pero controlados directamente por el aparcero del tablón. Posteriormente, cuando el propietario de la hacienda se convierte en una figura ausentista, los administradores y mediadores entre propietarios y trabajadores permanentes y ocasionales entran a ejercer un papel más destacado en la “cultura organizacional” de la empresa cafetera.

A lo largo del siglo pasado, la hacienda tuvo la capacidad, según Ramírez, de combinar formas tradicionales de utilización del trabajo como el *enganche* y la contratación verbal, con formas modernas jurídicamente reguladas. En este sentido, una característica de las transformaciones de la organización laboral dentro de la hacienda, a lo largo del siglo XX, es la permeabilidad de la misma por los programas de desarrollo de los gobiernos, la política cafetera y la legislación laboral. El papel de la Federación Nacional de Cafeteros es trascendental, no sólo como la institución que intervenía en los aspectos económicos de las haciendas regulando el crédito y el acceso a otros recursos, sino también en las prácticas laborales, por medio de la propaganda ideológica que favoreciera la modernización y la tecnificación de los cultivos, durante la década de los años sesenta.

La estabilidad de la estructura hacendaria dependió de tipos de socialización complejos, que garantizaban la permanencia de los individuos, la pertenencia y la identidad, frente al mecanismo de utilización del trabajo predominante y de características fuertemente definidas como el patriarcalismo tanto en la familia campesina como en la administración y control de la hacienda, el paternalismo, los programas de difusión de prácticas tecnológicas y organizacionales, posteriormente la ideología del progreso y del desarrollo y la misma concepción sobre la empresa cafetera. Estos elementos de la cultura organizacional se enmarcan dentro de procesos más generales, como la transformación del mercado cafetero, la política económica del gobierno nacional y la “subcultura política”.

Dentro del análisis de la “subcultura política”, las transformaciones introducidas durante el periodo de La Violencia, merecen un capítulo especial. Para el autor La Violencia representa el fin de la subcultura política rural bipartidista, porque después de La Violencia “Ya no existe una identidad radical y un fanatismo por los principios y colores partidistas, sino una identificación en el discurso socializador en torno a las tragedias causadas por la política.” (p. 234) Por otro lado, Ramírez señala que las mujeres jugaron un papel trascendental en el conflicto, lo que afectó las relaciones de género en el ámbito rural: “La mujer parece romper el miedo que impide la interacción social, igualmente rota por la acción violenta. Dicho rompimiento le permitió obtener un reconocimiento común al interior de la familia, crear mecanismos de supervivencia, y cumplir un papel importante en el sostenimiento del núcleo familiar.” (p. 253) La Violencia, por lo tanto, es entendida por lo tanto, como un fenómeno político, relacionado con el bipartidismo, que convulsionó a la sociedad cafetera y debilitó las bases sobre las cuales estaba construida. Sin embargo, dicho fenómeno no pudo debilitar el paternalismo en las relaciones laborales: “La violencia si bien pudo rebajar los valores monetarios de la propiedad y aumentar su movilidad, no

contribuyó del todo a erradicar las antiguas jerarquías de sujeción y el paternalismo que servían de base a las relaciones administrativo–laborales.” (p. 258)

En el largo plazo, el autor identifica dos tendencias muy amplias que podrían definir las transformaciones laborales en el sector: la primera consiste en la progresiva descomposición de las comunidades campesinas y de la pérdida de importancia del núcleo familiar campesino en la producción cafetera, llevando a la proletarianización del campesinado y a la individualización del trabajo cafetero. La segunda corresponde a los procesos de urbanización y de migración hacia los núcleos urbanos, permanentes durante todo el siglo XX. Estas dos características se intensificaron durante la década de los años sesenta cuando se produce la tecnificación de los cultivos cafeteros y la sustitución de éstos por la variedad caturra, y se introduce una racionalidad fuertemente capitalista dentro de la producción de la unidad cafetera. El autor afirma que: “La tecnificación genera nuevas tendencias en cuanto a la concentración de la propiedad, la aparición de un empresario sin arraigo campesino y el desplazamiento del agricultor tradicional.” (p. 288) Lo que se demuestra en la fragmentación de la Hacienda La Aurora y en la consolidación del minifundio como forma predominante de la tenencia de la tierra. Más adelante señala que “... el proceso de tecnificación cafetera originó una de las más profundas transformaciones laborales en el siglo XX. Los cambios suponen desde un punto de vista sociológico, una ruptura de los lazos generalizados de subordinación económica, social, política e ideológica, y de dominio de la hacienda aparcerera.” (p. 293).

Finalmente, el libro de Rezo Ramírez trata de integrar diferentes procesos históricos bajo la perspectiva de la historia local y particularmente de las prácticas tecnológicas –más que administrativas o económicas– que sustentan lo que él denomina cultura organizacional. Sin embargo, el interés en construir una historia global, sustentada en una gran amplitud de fuentes, dispersa el análisis puramente local y lleva a que el grueso de la información sobre lo local sea manejado de manera descriptiva. Es un trabajo bien documentado, que subraya la importancia de la religión católica, el paternalismo y el patriarcalismo como características del mundo rural colombiano. Adicionalmente, muestra desde otra perspectiva, cómo la urbanización y la descomposición del campesinado, junto con la industrialización, fueron las grandes transformaciones que el convulsionado siglo pasado generó en la sociedad latinoamericana, que efectivamente se presentaron en la región tolimense.

Susana Romero Sánchez

*Estudiante de la Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia*